

PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ

ASDRÚBAL BAPTISTA
PROFESOR DE LA FACULTAD DE MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Acaba de morir Pedro Rincón Gutiérrez. Con él cesa una condición humana singular, que no será fácil volvérsela a topar. Médico renombradísimo en la Mérida de los años cincuenta, fue heredero escogido de las luces de su maestro Antonio José Uzcátegui. Sus manos de partero, por los vaivenes de la vida, se tornaron en las de rector que graduaría a generaciones de estudiantes en la Universidad de Los Andes. ¡Cambió su profesión de partero por la de rector!, como solía decirlo con genuina simpatía y gracia.

Su vida determinó una historia que tuvo a Mérida en la mirada amorosa y a la Universidad de Los Andes –a la institución universitaria como refugio mayor de la vida espiritual del país, quiero decir- en el centro de los afanes. Pero sus tantas virtudes públicas no fueron, ¡acaso valdrá decirlo!, el emblema de su longeva existencia. Amigo de la humanidad. Ese fue él, por sobre todo. Amigo fiel de la humanidad. Mérida misma habrá de tenerlo por siempre bajo su cobijo. Allí no había nacido, pero igual, entre el Colegio San José de los jesuitas, la propia Universidad de Los Andes y los amores que lo ataron, le dieron la condición de merideño que enalteció como muy pocos. Su simiente, sin embargo, está esparcida en todas partes.

Habrá Perucho entregado su espíritu con los ojos muy abiertos y, a su mejor usanza, con los brazos prestos al abrazo. Lo imagino diciendo, plácida y confiada la palabra: “Vengo del duro bregar y en pos de la cosecha”. “He aquí lo tuyo”, se le debe haber respondido, añadiéndosele de seguidas, “Ciento por uno”. Y a la vuelta, sin azoro ni estridencia, habrá entonces exclamado: “Me basta con menos de uno, Señor, y, si algo llegare a sobrar, pues, para los amigos”. (E)